

La Iglesia y la Mafia

Bartolomeo Sorge, SJ*

EL origen de la mafia constituye materia de especulación. La hipótesis más probable es la de un cierto número de «familias» (*cosche*, dice el vocabulario siciliano) que, después de la unificación de Italia (1870), asumen un papel de «suplencia» en la sociedad italiana del Sur. En efecto, durante bastante tiempo, el Estado quedaba lejos y era incapaz de garantizar el orden público y menos aún de contribuir al desarrollo en el Sur de Italia.

Esto explicaría el consenso sin igual de que ha disfrutado la mafia. Las gentes del Sur han tolerado el fusil, las emboscadas, la liquidación física de quien resiste a los chantajes de la mafia: faltos de confianza en el Estado, han llegado a considerar la «*onorata società*» (la «noble sociedad») como una especie de Estado dentro del Estado, que garantiza su autonomía y su identidad propia.

La mafia ha quedado así vinculada a la propia cultura del Sur. El crimen organizado ha reconducido a su propia ventaja todo lo que constituía el sistema de valores del Sur: el sentido de la familia ha quedado

* Instituto de Formación Política Pedro Arrupe. Palermo (Italia).

transformado en «familismo» característico de las *cosche* de la mafia; el respeto tradicional de la autoridad, en obediencia incondicional al *padri-no* (literalmente); la fidelidad a la palabra dada, en un sistema de complicidad y de silencio que lleva el nombre de *omertá*. Las empresas de la mafia quedan investidas del carácter «sagrado» propio del sentido religioso.

Para vencer a la mafia, hace falta secar su fuente principal de mano de obra, combatir el paro, asegurar que los jueces persigan con rigor a los autores de los crímenes y delitos, y hacer las reformas necesarias tanto en la Administración pública como en la vida política. Sin embargo, el crimen organizado será derrotado sólo si se llega a modificar esta «cultura». La mafia lo sabe muy bien. Y ésta es la razón por la que *Cosa Nostra* dirige especialmente sus ataques contra los sacerdotes y el millar de «arrepentidos» que han tomado la decisión de colaborar con la justicia. La mafia teme a éstos y a aquellos mucho más que al ejército y a los jueces. Los sacerdotes, como los arrepentidos, por medios muy distintos, tienen la posibilidad de privar a la mafia del apoyo popular. El enfrentamiento entre la Iglesia y *Cosa Nostra* no podía ser evitado a partir del momento en que la Iglesia, en su trabajo de evangelización, se ha comprometido más claramente en la formación de las conciencias según los valores que combate la cultura de la mafia.

Un largo silencio

NO siempre la Iglesia ha tenido esta actitud ante la mafia. Durante mucho tiempo la Iglesia ha permanecido callada. ¿Cómo ha sido posible esto, si la Iglesia tenía la misión de predicar las Bienaventuranzas? Los especialistas se esfuerzan por encontrar algunas explicaciones, aunque ninguna pueda de hecho ser presentada como explicación. Se advierte, por ejemplo, que no hubiese sido nada fácil a la Iglesia condenar a las «familias» de la mafia, cuando la mayor parte de los sacerdotes provenían de ese grupo. Se percibe igualmente que la mafia manifestaba un gran respeto a la Iglesia y a la religión, cuando el Estado liberal, la masonería, el comunismo les eran hostiles. Es claro también que durante mucho tiempo ni los políticos ni los intelectuales parecen haberse dado cuenta de la gravedad de este fenómeno. A pesar de la impresión de la carencia grave, que se sigue dando, estos rasgos permiten una cierta comprensión «histórica» del silencio de la Iglesia.

Éste es el contexto en que se sitúa el «caso» del cardenal Ernesto Ruffini, arzobispo de Palermo de 1946 a 67, quien en una célebre carta aseguraba a la Secretaría de Estado del Vaticano que la mafia no existía, y que no era otra cosa que una pura invención de los comunistas.

Ruffini era un prelado típico de la Iglesia preconiliar. Pero debemos reconocer al mismo tiempo que se entregó con generosidad a todo tipo de iniciativas a favor de los pobres de Palermo. Algunas obras por él fundadas siguen existiendo. El hecho de que este hombre no haya comprendido el significado de la mafia —aun condenando todas las actuaciones criminales— nos da la medida del condicionamiento «cultural» de la época, de la parálisis que podía provocar un cierto miedo del comunismo y de la preocupación por evitar que todo siciliano, por el hecho de serlo, sea considerado un criminal.

Las primeras iniciativas

EL cambio comienza en los años 70. Presidida entonces por el cardenal Salvatore Pappalardo, sucesor de E. Ruffini en Palermo, la Conferencia Episcopal de Sicilia rompe el silencio y condena, de forma repetida, el crimen organizado. En el otoño de 1982 llegará a excomulgar a los autores de delitos de tipo mafioso. Careciendo en la práctica de Estado, la Iglesia emprende una vasta acción de «suplencia» esforzándose por despertar las conciencias y sacudir a la opinión. Hay que recordar en particular las valientes homilías pronunciadas en los funerales de las víctimas.

Al comienzo la Iglesia no ve aún en la mafia sino una de las muchas manifestaciones del mal que anida en el corazón del hombre. En sus acciones veía crímenes que apenas se diferenciaban de los otros, y que se podían atribuir a un restringido número de delincuentes. La Iglesia no parecía ser consciente de la «cultura» específica que estaba en acción. Sin embargo en los años 80, cuando los delitos de extrema violencia se multiplican, la Iglesia abre los ojos. Comienza a distinguir los crímenes de la mafia de los de la criminalidad común. Reconoce ahí un fenómeno de una envergadura muy distinta y comienza a denunciarlo. «la mafia —dice el cardenal Pappalardo en 1986— pretende prescindir de la ley y poder violarla con impunidad. La mafia funciona gracias al clientelismo. Es un sistema donde unos se sienten seguros gracias a la protección de un

«amigo» o de un grupo de personas influyentes. Y estos comportamientos no son sólo propios de unos cuantos delincuentes sino de muchas personas, de actitud arrogante, culturalmente mafiosas, aunque socialmente tengan una apariencia muy respetable.

Evangelización y profecía

CON el relanzamiento de la misión de evangelización profética, se ha abierto una nueva fase. Comienza con el vigoroso discurso del Papa y la muerte en 1993 de Pino Puglisi, sacerdote de Palermo (barrio Brancaccio). Ha recibido confirmación en el Tercer Congreso Nacional de la Iglesia italiana, celebrado en Palermo, los días 20 a 24 de noviembre de 1995.

Se puede decir que el sacrificio del sacerdote Pino Puglisi ha servido para dar a conocer cuanto van haciendo muchos sacerdotes comprometidos en la lucha contra la mafia, aunque nadie hable de ellos. Su ejemplo permite caer en la cuenta de lo que la Iglesia puede alcanzar con su acción pastoral ordinaria, para la recuperación moral y cívica, en un barrio fuertemente sometido a la influencia de la mafia. La Iglesia tenía que tomar una actitud clara ante la mafia como lo ha hecho en lo que se refiere al aborto y a la guerra. El asesinato de don Puglisi la ha llevado a ello. La intervención del Papa, en su discurso en Palermo, el 23 de noviembre, ha sido decisiva.

El Papa vuelve a tomar las palabras que ya había pronunciado dos años antes en Sicilia: «No puedo dejar de gritar de nuevo desde el fondo del corazón, como ya lo hice en el Valle de los templos en Agrigento en 1993: —No matéis. Ningún hombre, ninguna asociación humana, ninguna mafia puede contradecir y pisotear el derecho a la vida, derecho santo recibido de Dios».

Este grito de Palermo se ha convertido en un compromiso de la Iglesia italiana de poner en práctica todos los medios para que el mal de la mafia, que durante tanto tiempo ha corroído el tejido moral y social del Sur del país, quede por fin definitivamente vencido y superado.